



No me recuerdo el día, pero si me acuerdo que era en el mes de julio de 1970. En ese momento tenía 43 años. Estaba impartiendo un curso sobre los Hechos de los Apóstoles, en la Universidad de San Francisco en California.

Más que nunca, mientras daba las conferencias y establecía contactos con los estudiantes, me perseguía esta pregunta: ¿“Existen en la Iglesia de nuestro tiempo, comunidades parecidas a las que vemos en este libro”? ¿Dónde se encuentran hoy, aquella alegría, aquel entusiasmo por la oración, aquella fuerza del testimonio cuyo relato, tras dos milenios, todavía nos encanta? ¿Dónde encontrar asambleas como aquellas de que nos habla San Pablo en las que, al entrar, un desconocido, se siente tan comprendido y acogido que le surge espontánea la exclamación: “Verdaderamente Dios está en medio de ustedes”. (Cf . 1 Corintios, 14,25).

En una de aquellas tardes, me aproximé a un grupo de personas que señalan haber nacido de una experiencia del Espíritu Santo y que cultivan la conciencia de reproducir, en la Iglesia de hoy, el rostro de las primeras comunidades. No se trataba, para mí, de experiencias enteramente nuevas, pero el momento privilegiado que estaba viviendo, me ponía en situación de examinarlas más atentamente y de compararlas con tantas experiencias análogas, vividas hace dos decenios.

De esta manera, reencontré dentro de mí, aquella vena subterránea, interrogante e investigadora que siempre he cultivado y que hoy aflora en esta carta pastoral: ¿Dónde se encuentran en nuestros días, experiencias auténticas del Espíritu semejantes a las de los primeros cristianos? ¿Dónde, cómo y cuándo existen las condiciones para que un hombre o una mujer, aunque contagiados por el secularismo, lleguen a exclamar: “Verdaderamente, Dios está entre ustedes”?

En otras palabras: ¿Cómo el Espíritu Santo que siempre actúa en el mundo, responde hoy a los retos del inmanentismo, de la indiferencia religiosa, del consumismo, y lo hace, no con raciocinios, sino con hechos convincentes del Evangelio?

Esta carta sobre la vida según el Espíritu en las personas y en la comunidad eclesial nace, pues, de una convicción profunda, que maduro muy temprano en mí, y se ha verificado a lo largo de todo el recorrido de mi vida, la que con sus 70 años, cubre una buena porción del así llamado “siglo breve” que es nuestro siglo, caracterizado por la rapidez y radicalidad de los cambios ocurridos entre la explosión de la primera guerra mundial (1914) y la caída del muro de Berlín (1989).

Es la convicción de que el Espíritu existe, aún hoy, como en el tiempo de Jesús y de los Apóstoles existe y está trabajando, llega antes de nosotros, trabaja más y mejor que nosotros. Nosotros no tenemos que sembrarlo, ni despertarlo; solo reconocerlo, acogerlo, auxiliarlo, abrirle camino, caminar detrás Él. Existe y jamás se desanima ante las condiciones de nuestro tiempo: por el contrario, sonríe, danza, penetra, envuelve, llega a dónde nunca lo hubiéramos imaginado.

Ante la crisis fundamental de nuestra época, que es la pérdida del sentido de lo invisible y de lo Transcendente, la crisis del sentido de Dios, el Espíritu está jugando, en la invisibilidad y en la pequeñez, su partido, como vencedor.

*(Carlo Maria Martini - Tre racconti dello Spirito p.9)*

